

WALLRAFF, Günter, 2010: *Con los perdedores del mejor de los mundos*. Barcelona, Anagrama, 352 páginas.

¡Vuelve Wallraff! Sin duda una gran noticia para el periodismo de investigación, y para el general, sin etiquetas. Tras 24 años en el dique seco, a sus 69, vuelve el investigador incisivo, incorruptible, tenaz... para mover los cimientos de cualquier empresa, institución, organismo...donde haya sospecha de corrupción, de explotación o de cualquier práctica fraudulenta. Siempre al servicio de los más desfavorecidos, de los “perdedores”, como anuncia desde el título, aunque en el mismo se incluya la expresión -“del mejor de los mundos”- que puede encerrar un significado irónico. La sociedad alemana, a la que retrata -aunque en su relato también entran multinacionales norteamericanas- bien se puede considerar el mejor de los mundos solo de puertas para afuera. Pero nuestro autor nunca se queda ante ellas, las traspasa, y siempre disfrazado, en lo que es ya una de sus señas de identidad desde que se hiciera pasar por redactor sensacionalista del diario *Das Bild* en *El periodista indeseable* (1979) o por el trabajador inmigrante árabe Alí en *Cabeza de turco* (1987). Curiosamente, en la presentación de la edición española del primero de esos libros se hablaba de él como de “una especie de Robin Hood” en lucha contra la injusticia; en una entrevista publicada en *El País* (18.10.2010) con motivo de la aparición del último se anuncia: “Wallarff regresa cual Robin Hood”. Afortunadamente, algunas cosas no cambian.

En esta nueva entrega nuestro superhéroe se va a hacer pasar por un negro, un mendigo, un teleoperador, y un empleado de una panificadora que trabaja para los supermercados Lidl. Además, escribirá otros cuatro capítulos sin disfraz, en base a testimonios suministrados por trabajadores reales, sobre un restaurante de lujo, la cadena de cafeterías Starbucks, una empresa estatal de ferrocarriles alemana y un bufete de abogados especializados en despidos. En los cuatro primeros casos sus métodos van a ser mismos que le han hecho célebre: caracterización concienzuda y papel desempeñado de forma continuada durante semanas o meses, nada que ver con las investigaciones expres de media hora que es lo que estilan algunos medios en la actualidad. Si la laboriosidad, y la duración que de ella se desprende, fue uno de los rasgos que consagraron el periodismo de investigación en la década de lo setenta como una característica distintiva propia -con otros ejemplos clásicos, como el Watergate-, Wallraff ha sabido mantenerla y ni la edad ni el prestigio incuestionable conseguido han sido obstáculo para volver a ponerla en práctica. Afortunadamente, ésta es otra de las cosas que tampoco cambian, aunque no es la última: es de destacar también el diseño de las portadas de Anagrama que no ha variado en estas tres décadas que lleva publicando su colección Crónicas. La primera de ellas, dedicada precisamente a *Cabeza de turco*, mostraba ya el mismo estilo sobrio en blanco y negro, tan sólo aligerado por dos líneas rojas para subrayar el autor y la colección, que se da en *Con los perdedores...* El rostro de Alí/Wallraff es lo único que ha cambiado, y no solo por la caracterización; obviamente, el tiempo no respeta a nadie.

De todas formas, sí hay cambios. Algunos de los capítulos/reportajes reunidos en este libro han sido grabados en vídeo y audio para su posterior emisión como

películas. Es el caso del dedicado al mundo de los teleoperadores titulado “Llamar y timar, todo es empezar”. En él Wallraff usa cámaras y micrófonos ocultos, lo que añade un componente más al camuflaje de sus métodos. Estas técnicas siempre han sido cuestionadas por algunos medios, e incluso por algunos teóricos del periodismo de investigación en virtud de una ética periodística que aboga por una total transparencia en los reporteros a la hora de presentarse como tales. Es sabido que Bradley, el director del *Washington Post* en la época del Watergate, por ejemplo, no permitía bajo ningún concepto que sus reporteros no lo hicieran. En el caso español hay medios, como *El País*, que no permiten (o no permitían) la identidad camuflada de sus profesionales y se han negado a publicar reportajes obtenidos por ese método. Esto ocurría en los ochenta y sin embargo el año pasado el mismo diario publicaba un reportaje sobre taxis en el aeropuerto de Barajas haciéndose pasar dos de sus redactoras por incautas turistas. Quizá el cambio obedezca a una tendencia general de relajación ante la norma de actuar a cara descubierta. Con todo, no se puede afirmar taxativamente que desde un punto de vista ético el actuar sin disfraz sea más defendible. Hay casos que nunca se hubieran destapado sin camuflaje.

En el caso de Wallraff, además, se da una legitimidad extra para actuar con este método, ya que -recordemos- él empezó denunciando los excesos de la prensa sensacionalista. Cabe pensar que quien como periodista indeseable destapó los turbios manejos de los medios de Axel Springer -practicados, sin duda, por muchos otros grupos de comunicación- tiene las manos libres para denunciar a quien sea. Lo suyo, además, no consiste en captar audiencia, ni siquiera lectores. Una prueba irrefutable de que no es esto lo que persigue la constituye una frase que se puede leer en la página 216: “En algunos casos que me fueron proponiendo ese cambio se conseguí y ahora puedo ahorrarme publicarlos”. Se refiere a los casos en los que recibe una denuncia, lo que se produce con bastante frecuencia (recordemos que *Cabeza de turco* se convirtió en su momento en Alemania en el mayor bestseller de la posguerra). Cuando eso ocurre, investiga y si comprueba que lo denunciado es cierto se pone en contacto con los empresarios para intentar arreglar la situación en privado. Solo si esta opción fracasa se decide a publicar. Pero incluso en esos casos no canta victoria si al final no se consigue el cambio deseado. A raíz de los hechos aireados en el presente libro fueron cerrados albergues para mendigos de Francfort y Hannover y se abrió un juicio contra la empresa subcontratada por Lidl.

De todas formas, desde un punto de vista exclusivamente periodístico, con ser importantes sus métodos, y sus logros, no deberíamos dejarnos impresionar solo por ellos. En el pellejo de Wallraff se esconde un observador agudo para el que sería indiferente actuar sin disfraz y aun sin el objetivo de la justicia social. Cuando se hace pasar por negro, por ejemplo, durante en paseo en barca por un parque, analiza a sus congéneres blancos con detalle. De uno dice que parece un profesor de instituto, “de física y matemáticas”. De los demás capta una escena aparentemente nimia pero reveladora. Cuando la embarcación se acerca a la orilla, él alarga la mano para agarrarse a unas ortigas pues, en su papel de africano, no sabe que son urticantes. Todos los pasajeros le miran y ven lo que va a hacer, pero ni un solo le advierte del peligro. Son estos aspectos, no tópicos, lo que hacen de éste un gran libro y de nuestro autor un maestro de eso que no se puede enseñar en ninguna

facultad de periodismo: la atención, la perspicacia, la capacidad de ver más allá de lo obvio. Lo obvio también se da, claro, es inevitable. En esa misma barca lo primero que hace un pasajero al ver a nuestro negro es pedirle dos cervezas. No le cabe en la cabeza que pueda haber alguien de esa raza en ese entorno sin ser camarero. Pero los pasajes tópicos adquieren credibilidad si se entrelazan con ese otro tipo de situaciones inesperadas y difíciles de ver a simple vista.

Entre los mendigos también se dan desgraciadamente todas las situaciones que a diario inundan las páginas de sucesos, y toda la dureza que cabe esperar de la vida en la calle. Noches a quince bajo cero, violencia de neo nazis... En el primer caso Wallraff piensa en quienes no son conscientes de que la noche va haciendo presa de ellos; son los que simplemente ya no despiertan: “El frío entra en el saco de dormir como si sólo fuera una delgada manta de hilo. Una mortaja, pienso, y me pongo a temblar” (página 77). Pese a todo, no es el alcohol ínfimo lo único que puede consolar a un indigente. En esa misma página leemos que el compañero que comparte rincón urbano y perro callejero con nuestro autor recuerda orgulloso cómo en la cárcel era tratado como un héroe porque había lanzado huevos a Edmund Stoiber, el presidente de Baviera. Gestas así le hacían reconciliarse con el mundo. Y noches como las de primavera, en las que veía abrirse ciertas flores, le hacían olvidar todos los fríos. Como el poema de Nietzsche en que se pregunta: “¿Por qué esa necesidad/ de salir al mundo en pleno invierno?” (p.100). Sí, hay momentos que, lejos del tópico, incluso para los desheredados de Wallraff, parecen proceder sin ironía “del mejor de los mundos”.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA
Universidad Complutense de Madrid